

CAPITULO CXXV.

Solemne proclamacion de D. Felipe en el monasterio de la Orden de Cristo.—Efecto que produjo el perdon que concedió.—Exageradas peticiones de las Cortes.—Rebelde actitud de la isla Tercera.—D. Antonio consigue reunir una flota para hostilizar la isla de San Miguel.—El marqués de Santa Cruz acude en su socorro.—Famoso combate dado en aquellas aguas.

«El 16 de abril de 1581, erigido un trono en la iglesia del monasterio de la Orden de Cristo, y á presencia de los procuradores del reino, reunidos en Tomar, y de los duques de Braganza, y del Consejo de Estado y Cámara de Castilla, y de los próceres de uno y otro reino, fue jurado y reconocido solemnemente Felipe II de España por rey de Portugal, jurando él, á su vez, puesto de hinojos y con la mano sobre el libro de los Evangelios, guardar y conservar al reino todos los fueros, privilegios, usos, costumbres y libertades que le habian otorgado los reyes sus predecesores. Desplegado entonces el pendon real por el alférez mayor, un rey de armas dijo en voz alta: *Real, Real, Real por el rey D. Felipe de Portugal.* Y todos, siendo los primeros los duques de Braganza, se llegaron á besarle la mano y á hacerle pleito homenaje. Y se cantó un solemne *Te-Deum*, y al dia siguiente fue jurado como sucesor el príncipe D. Diego, su hijo.»

Tal es la descripción que hace un historiador moderno de tan solemne ceremonia, con vista de curiosísimos y auténticos documentos (1), y lamenta despues con sobrada razon que, una vez creada la grande obra de la unidad española, que la naturaleza habia trazado á los hombres, y que las pasiones de los hombres habian entorpecido contra las leyes de la naturaleza, fuese tan poco duradera.

Despues de su coronacion quiso Felipe mostrarse generoso publicando el ansiado perdon general, del cual se exceptuaba al Prior, al obispo de la Guardia, al conde de Vimioso y á otros varios individualmente citados, como tambien á los clérigos y frailes que abrazaron la causa de D. Antonio y la defendieron con las armas.

Con todo y ser el perdon mas ámplio de lo que acostumbraba á hacer el Monarca, pareció restringido y aun capcioso á los portugueses, y juzgaron asimismo escasas y de poca cuantía las gracias, empleos, rentas y mercedes que en gran número se les otorgaron para atraerlos y conquistar su voluntad. Achaque es este de los pueblos sometidos por la fuerza, y no es de extrañar que los portugueses juzgaran amañados y artificiosos para consolidar la obra comenzada por los arcabuces, las mercedes que se les otorgaban.

Buena prueba dieron del descontento del país los procuradores de las Cortes de Tomar, mostrándose en extremo exigentes y pidiendo al Monarca que los estados de Portugal se consideraran siempre separados de Castilla; que hiciese retirar las guarniciones de las ciudades; que se casase con portuguesa é hiciese educar en el país al Príncipe, con otras varias peticiones á éste tenor; los nobles, por su parte, molestábanle tambien con demandas no menos exageradas, y aunque unos y otros hubieron de contentarse con esperanzas en no pocas, otras muchas lograron, y en número excesivo, para lo que Felipe tenia por costumbre.

No menos desusada en él fue la magnanimidad que empleó con los profesores de la universidad de Coimbra, sosteniéndoles en sus cargos y otorgándoles su proteccion, á pesar de lo mucho que contra su causa habian escrito y trabajado. Parecia que, comprendiendo el Monarca español cuánto importaba al esplendor y prosperidad de ambos reinos el permanecer unidos, queria hacer estable y duradera aquella obra de suyo deleznable, como todas las que reconocen por causa y fundamento la fuerza de las armas.

No consiguió su objeto sin embargo, sino á medias, pues tal era el espíritu del país, que mas enemigos se creó con sus negativas, que amigos obligó con sus dádivas, aun siendo estas mayores que aquellas, pues, como dice el historiador Lafuente, «tantas eran las exigencias y tanto lo que distribuyó, que descontentó á los castellanos sin acabar de satisfacer á los portugueses.»

Esperó Felipe en Tomar el término de las Cortes, y acabadas estas marchó á Santarem y de allí á Almada, donde debía esperar á que en Lisboa estuviese todo dispuesto para su entrada; mas hubo de faltarle la paciencia ó los de la capital anduvieron cachazudos en extremo, pues el 27 de julio de 1581 entró en ella pasando bajo un arco de triunfo aun no concluido. Antes de este hecho mostró saber apreciar en su justo valor los servicios de Cristóbal de Mora, diciéndole, cuando Ambrosio de Aguiar le presentó las llaves de la ciudad: *Tomadlas, que á vos se deben ellas.* Siguiéronse los naturales festejos y regocijos, y lo que es bastante extraño, el mismo Pontífice, que antes se mostrara tan hostil á Felipe, envióle su parabien y aun nombró un comisario apostólico que entendiera en las causas contra los clérigos y frailes que habian tomado las armas por D. Antonio, únicos con quienes el Monarca se mostró inexorable, sentenciando á algunos de ellos á muerte, que se ejecutaba sin aparato ninguno y sigilosamente, arrojando despues al río los cadáveres por la noche.

Fuera de estos hechos manifestó Felipe benigno y condescendiente, y siguieron los portugueses manifestando exageradas peticiones, de lo cual es buena prueba el memorial de la duquesa de Braganza, en el que tales cosas se demandaban, que enviado en

(1) Auto de elevamiento é juramento del rey Felipe II de Portugal, feito en Tomar, año 1581.—Biblioteca nacional, códice titulado: *Papeles tocantes á Felipe II*, t. 1, p. 12.—Actas de las Cortes de Tomar: *Ibid.* Códice titulado: *Juras de Felipe II*, p. 75.—Relacion de la jura de Felipe II. Archivo de Simancas, Estado, legajo 426.—Cortes de Tomar, *Ibid.*, leg. 427.

consulta al Consejo de Estado y siendo paisanos de aquella los consejeros, el dictámen de estos fue desfavorable.

Dice un historiador de aquella época, que en el espacio de dos años habia tenido Portugal cinco reyes, que fueron otros tantos azotes para el pueblo, pues D. Sebastian con su tenacidad, con su irresolucion D. Enrique, los gobernadores con su timidez y su apego á los intereses particulares, D. Antonio con su tiranía, y D. Felipe con las armas, no hicieron mas que atraer calamidades sobre aquella nacion (1).

Parécenos que no está en lo justo el historiador á quien nos referimos, pues en lo que toca á Felipe, y especialmente en la época á que se refiere, si no consiguió captarse las simpatías de los portugueses y adquirir su cariño, no fue porque no hizo cuanto estuvo de su parte prodigando rentas, beneficios, etc., y accediendo á cuantas pretensiones le hacian; fue porque hubo peticiones tan exageradas, cálculos tan absurdos y ambiciones tan descaradas y altaneras, que se hizo imposible el acceder á ellas.

Además las antipatías y los rencores y envidias de los dos pueblos no era fácil que pudieran desaparecer en un momento y nada de particular tiene que los portugueses se quejasen como aquel historiador supone, así como tambien es verosímil que los españoles murmurasen porque les pareciera que todavía se les habia concedido demasiado.

Proclamado rey de Portugal Felipe II, sometieronle y le reconocieron como soberano casi todas las colonias lusitanicas de Asia, Africa y América, no imitando este ejemplo las islas Azores, con especialidad la Tercera, que estaba resuelta á no admitir ni reconocer otro monarca que el de Crato, siendo solamente la de San Miguel la que abandonó la causa de D. Antonio. Este, en su vista, y con los auxilios que de Francia é Inglaterra obtenia, merced á la proteccion de las reinas de ambos países, dispuso en Nantes una escuadra de sesenta velas, y con ella hizo rumbo á aquellas islas, cuando, despues del desastre de Pedro Valdes en la Tercera y de la expedicion sin resultado de Lope de Figueroa, se preparaba en Cádiz el marqués de Santa Cruz á marchar contra aquel último baluarte de la rebelion.

Merced á estas noticias, que recibian los rebeldes, manteníase vivo entre ellos el espíritu de insurreccion, y efectivamente, armadas y perfectamente pertrechadas las naves del revoltoso y audaz exprior, dióse á la vela desde Nantes, llevando en su escuadra á personajes como el conde de Brisac, Felipe Strozzi, y otros de sus mas decididos y fieles partidarios.

A su vez Felipe II que habia enviado órden á Vizcaya para que los buques que en aquellas aguas tenia el almirante Recalde se fuesen á reunir con los del marqués de Santa Cruz, que desde Lisboa habia de marchar á las Azores, no se descuidaba en atender con interés á aquella expedicion, en la que habia de ir además de los dos almirantes, el maestre de Campo D. Lope de Figueroa, con los capitanes D. Pedro de Toledo, D. Francisco de Bobadilla y don Cristóbal de Eraso, y en su consecuencia escitaba sin cesar al de Santa Cruz para que se diese á la vela cuanto antes, lo que consiguió por fin.

La llegada de este á las Azores, en julio de 1582 no pudo ser mas oportuna. D. Antonio habia puesto en un grave aprieto á los defensores de la leal isla de San Miguel, y hubiérase apoderado de ella si la vista de la escuadra española no le hubiese puesto á su vez en el caso de defenderse. Escasas en número eran las naves del Marqués comparadas con las francesas, mas dióse tan buena maña, que, tras un reñido combate, obligó á estas á declararse en fuga, con pérdida de tres mil hombres, entre ellos el conde de Vimioso y Strozzi, y dejando prisioneros unos ochenta nobles, para los cuales, el capitán Francisco de Bobadilla, mandó levantar un cadalso haciendo degollar á unos y ahorcar á otros (2).

A consecuencia de este hecho de armas, que causó gran irritacion en Francia, tuvo que refugiarse D. Antonio en la isla Tercera, donde fue recibido con todos los honores reales, tratándosele como monarca; pero temiendo sin duda que le acometiera el Marqués, y faltarle de recursos, á pesar de las grandes exacciones que llevaba á cabo con los naturales, determinó volver á aquel país, y así lo llevó á efecto, no sin saquear de paso la isla de Madera y las Canarias para satisfacer á sus soldados (3).

Felipe II entre tanto, con noticia del feliz suceso del marqués de Santa Cruz, formó el proyecto de someter á los rebeldes cuanto bravos habitantes de la isla Tercera, á cuyo efecto mandó construir en Nápoles un buen número de galeazas, á las que dotó con la competente artillería.

(1) Conestaggio.—*Historia de la Union de Portugal y Castilla*, lib. VIII.

(2) Este hecho de armas se halla minuciosamente detallado en la *Historia de la Union de Portugal y Castilla*, de Conestaggio, suponiendo muy acertadamente Lafuente que de aquí debió tomarla Cabrera para el relato que hace de esta jornada en su *Historia de Felipe II*.

(3) Para mayores detalles sobre todos estos sucesos puede verse tambien la *Historia de Portugal y conquista de las islas de las Azores en los años 1582 y 1573* de Antonio de Herrera, y la *Entrada que en el reino de Portugal hizo D. Felipe II*, por Isidro Velazquez.



ALEJANDRO FARNESIO.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CXXVI.

Muerte del príncipe D. Diego y proclamación del príncipe D. Felipe.—Regreso del Rey á España.—Muerte del duque de Alba y de Sancho Dávila.—Estado de Flandes al regresar D. Felipe de Portugal.

A pesar de los deseos que tenía Felipe de regresar á España, donde asuntos muy graves reclamaban su atención, la muerte del príncipe D. Diego ocurrida en Madrid el 21 de noviembre de 1582, obligóle á prolongar su estancia en Portugal hasta dejar reconocido y jurado al infante D. Felipe, para cuyo efecto hubo de reunir Cortes, verificándose aquel acto el 30 de enero de 1583.

Terminado esto, confió el gobierno del nuevo reino á su sobrino, hijo de su hermana D.^a Maria, emperatriz de Alemania, el cardenal y archiduque Alberto, dándole por consejeros á D. Pedro de Alcazaba, D. Jorge de Almeida, arzobispo de Lisboa, y D. Miguel de Moura, escribano de *Puridade*, que era un cargo de extraordinaria importancia en Portugal.

D. Felipe quería entrañablemente al cardenal, cuyas virtudes eran ejemplares, y haciéndole jurar que gobernaría en justicia y que cuando volviese le devolvería el reino, quedó confiada á su cargo la regencia.

Dos pérdidas de gran consideración experimentó el rey de España durante esta última época, cuales fueron las muertes del duque de Alba y del famoso Sancho Dávila, restos ambos de aquella cohorte de famosos guerreros que habían sido el asombro de Europa.

Antes de salir el rey de Portugal, para halagar mas á los portugueses, hizo que el obispo de Ceuta trajese á Portugal los restos del desgraciado D. Sebastian, haciendo que juntos con los del rey D. Enrique fueran conducidos á Belen, panteon de los monarcas lusitanos.

Al llegar á este punto, no puedo menos de hacerme cargo de algunas inexactitudes cometidas por un historiador extranjero, que aparte de otra porción de errores en que incurre al tratar de esta parte del reinado de Felipe II, dice que en los diez y ocho años que siguieron á la reacción de ambos reinos, no confirió Felipe títulos honoríficos mas que á tres fidalgos que cita, y que todos los demás honores y dignidades fueron para los españoles (1).

Nuestro erudito historiador Lafuente, haciéndose cargo de esto, le contesta con la siguiente lista de títulos, concedidos por el monarca español á súbditos portugueses:

«A D. Manuel de Meneses, el de duque de Villareal, de que era marqués. A los primogénitos de la casa de Aveiro, el de duques de Torresnovas. A D. Antonio de Castro, el de conde de Monsanto. A D. Francisco Mascareñas, el de conde de Villadorta ó Santa Cruz. A Ruy Gonzales de Cámara, el de conde de Villafranca. A D. Fernando de Novoiña, el de conde de Liñares. A D. Fernando de Castro, el de conde de Basto. A D. Pedro de Alcazoba, el de conde de Idaña. A D. Duarte de Meneses, el de conde de Taurauca. Y á D. Cristóbal de Moura, el de conde de Castel-Rodrigo.»

«Es verdad que Felipe, prosigue Lafuente, no cumplió á los portugueses todo lo que les había prometido, pero tambien lo es que los nobles le pidieron cosas que no le era posible conceder, que cada uno á tuerto ó á derecho le pedia mercedes, y por último nombró para el despacho de tales memoriales, al Obispo de Leiria y á D. Cristóbal de Mora, y al cabo sacaron hábitos, rentas y oficios, con una abundancia, que produjo no pocas quejas de parte de los castellanos: de todo lo cual podría Mr. Weis informarse largamente por la *Historia de la Unión de Portugal*, de Conestaggio.»

El día 11 de febrero salió D. Felipe de Lisboa, llegando á su predilecta residencia del Escorial el 24 de marzo, partiendo á los tres días para Madrid, siendo recibido con el mayor entusiasmo.

Falta hacia ya que el Monarca español, de regreso á sus antiguos dominios, se ocupase del estado de sus asuntos de Flandes, que no iban tan bien como hubiera sido de desear.

El duque de Parma, Alejandro Farnesio, era el único que dignamente pudo reemplazar á D. Juan de Austria, y bien demostró desde los primeros momentos, tanto la buena escuela en que se había educado, cuanto la prudencia y discreción que poseía.

Y téngase en cuenta que las circunstancias en que hubo de encargarse del mando del ejército eran sobradamente críticas, puesto que de las diez y siete provincias que componían aquellos estados, únicamente tres, y aun no del todo, prestaban obediencia al rey de España, viéndose favorecidos los rebeldes por distintos príncipes extranjeros.

La falta de recursos en el campo rebelde promovía violencias y desmanes por parte de sus auxiliares los alemanes y franceses, y cuando vieron que de la reina de Inglaterra no podían alcanzar los recursos pecuniarios que les hacían falta, tanto el príncipe Juan Casimiro, hijo del Elector Palatino, como el duque de Alenzon, determinaron retirarse cada uno á Alemania y Francia, desmembrando de un modo muy notable las fuerzas de aquellos.

Semejante ocasión era muy á propósito para emprender las operaciones en mayor escala que hasta entonces, y el de Parma que, obrando prudentemente se estuvo manteniendo á la defensiva, aprovechó de aquella desmembración de fuerzas, y se dispuso para atacar la importante plaza de Maestricht.

Quince mil infantes y cuatro mil caballos con capitanes tan valerosos y entendidos como Cristóbal de Mondragon y el señor de

(1) Weis, *España en el reinado de Felipe II*.

lierges marcharon al principiar el mes de marzo de 1579, á ponerse ante la formidable plaza que, aun cuando escasa de gente para su defensa, encerraba en su recinto dos generales tan esforzados como el flamenco Schwatzemburg de Herlen y el francés Tappin.

Apresáronse á la defensa los paisanos uniéndose á la tropa, y dieron desde los primeros momentos pruebas de gran bizarría, haciendo que el sitio de Maestricht fuese sangriento y largo como muy pocos.

Unos y otros, sitiados y sitiadores, peleaban con igual obstinación, y los asaltos, si eran dados con arrojo, eran rechazados con bravura, llegando los combates á ser cuerpo á cuerpo.

Para que nada faltara en esta terrible función de guerra, se incendió la pólvora en el campamento español, obligando esto al duque de Parma á retirarse para reforzar su ejército, aunque sin desistir de su empresa.

El famoso hugonote francés, Lanoue, uno de los jefes principales de los rebeldes, trató de socorrer la plaza á pesar de las escasas fuerzas de que podían disponer los orangistas, pero fue inútil su anhelo; el de Parma, reforzado su ejército y modificado su plan de ataque, cayó de nuevo sobre la plaza, cuyos muros aporillados y cuyos defensores, inutilizados en gran parte, de poco podrían servirle ya, y á pesar de que procuró defenderse todavía, consiguió tras serios ataques entrar en ella el 29 de junio de 1579.

Irritada la soldadesca, cometió toda clase de desmanes, en términos que, según dice un historiador, de diez y ocho mil habitantes que tenía la ciudad, no dejaron con vida sino trescientos.

A la par que el duque de Parma atacaba á Maestricht, proseguía en los tratos y negociaciones que especialmente con las provincias valonas había entablado, aprovechándose de las disidencias que entre ellas y los ganeses existían (1).

Varias veces habían llegado al terreno de la fuerza, entre sí, con motivo de la cuestión religiosa, pues los valones eran católicos y protestantes los otros, y el de Parma, eficazmente auxiliado por gran parte de la nobleza de estas provincias, que tenían la ambición del de Orange, consiguió llevar á feliz término en marzo de 1579 un convenio en Arras, de donde tomó el nombre, por el cual se ampliaba la paz de Gante, fijándose que en el término de seis semanas habían de salir de los Países Bajos todos los soldados extranjeros, sin poder regresar sin el consentimiento de las Provincias; que se levantaría un ejército sostenido y formado por estas; que todos los dignatarios y altos empleados públicos jurarían profesar y defender la religión católica, volviendo todo al ser y estado en que se hallaba en tiempo del Emperador, etc.

A su vez el de Orange hizo una confederación con las provincias de Holanda, Zelanda, Utrecht, Güeldres, Frisia, Brabante y Flandes, las cuales se prometían mútua ayuda y no separarse nunca, al objeto de poder hacer frente al convenio de Arras.

Otros tratos habíanse tenido además para obtener la pacificación de Flandes por mediación del emperador Rodolfo de Alemania, celebrándose varias conferencias en Alemania, pero sin resultado alguno, puesto que ni Felipe II ni el de Orange querían ceder un ápice.

De deplorar era que cuando en tan buen camino habíase puesto lo de Flandes, merced al tacto y prudencia del príncipe de Parma, la falta de dinero hubiera de ponerle en graves aprietos, promoviendo sublevaciones y desmanes. Felipe II necesitaba á la sazón todo el dinero para la campaña de Portugal, y en vano eran las reclamaciones que el de Parma le hacía.

Por fin pudieron marchar á Milan los soldados españoles, despidiendo á todos los demás, y entre tanto comenzó á organizarse el ejército de los naturales de las provincias sometidas.

Por este tiempo y por consejo del cardenal Granvela y de Juan Idiaquez, presidente del Consejo de Flandes, decidió dividir el gobierno de aquellos estados entre su hermana Margarita duquesa de Parma y madre de Alejandro, y este, confiando á aquella la parte puramente civil, así como la militar al Príncipe.

Semejante división de poderes en momentos tales, á pesar de ser su madre la que había de obtener el que á él se le arrebatara, no pudo menos de disgustar á Alejandro, quien escribió al cardenal Granvela para que rogase al Rey le relevara del cargo que estaba desempeñando.

Insistió Felipe en su primera determinación; la Duquesa á su vez le manifestó los inconvenientes que podían seguirse de aquella persistencia, y fue necesario que las mismas provincias valonas, alarmadas ante las noticias de que iba á marcharse el Príncipe, comenzaran á moverse diciendo que se separarían de las banderas del Rey, obrando cada una por sí, para que el Monarca, ocupado entonces mas con lo de Portugal que con nada, se decidiera á dejar á su sobrino como estaba.

La Duquesa pudo obtener á fuerza de súplicas que se le permitiese regresar á Italia, y Felipe escribió á Alejandro una carta encargándole muy eficazmente que mirase por su existencia, no arriesgándola tanto como hasta entonces.

(1) Llamábanse provincias valonas el Artois, Henao, Namur, una parte de Flandes, el Brabante, el país de Lieja, el Limburgo y el Luxemburgo.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO, 29.

EL DUQUE DE ALENZON.